

EL GENERAL

Vasco General

CONDE DEL SERRALLO

POR

DON JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE

de la Real Academia de la Historia



BARCELONA

Redacción y Administración de la REVISTA CIENTÍFICO-MILITAR y BIBLIOTECA MILITAR

CALLE DE VALENCIA, 323, ENTRESUELO

1888



EL TENIENTE GENERAL D. RAFAEL ECHAGÜE

Conde del Serrallo



NECROLOGIA

EL GENERAL CONDE DEL SERRALLO

EL día 23 de noviembre del último año, próximo pasado, falleció en Madrid el teniente general D. Rafael Echagüe y Bermingham, conde del Serrallo y Grande de España, condecorado con varias grandes cruces nacionales y extranjeras, y otras muchas que representan las campañas y acciones de guerra en que supo distinguirse por su valor y abnegación.

Tan bizarro comportamiento en los campos de batalla; su carácter conciliador, á la par que enérgico, en el mando; la bondad sin límites y la cortesía, tan apreciables en sociedad; su tolerancia, en fin, para con las opiniones políticas, desgraciadamente tan intransigentes en nuestra patria, le atraieron la consideración de todos, á punto de que bien puede decirse que ha bajado al sepulcro sin dejar en el mundo resentimientos ni antipatías, sin un solo enemigo. Los altos destinos que ejerció en su larga carrera militar, basada en tan humildes cimientos como los de un cuerpo de voluntarios, formado por circunstancias especiales de localidad, aunque en ocasión verdaderamente solemne, le pusieron á la inmediación de los poderes más encumbrados, en regiones donde se desvanecen las cabezas más firmes, las imaginaciones más serenas; y, sin embargo, sería difícil hallar en hombres colocados en jerarquía y posición como las suyas, modestia mayor ni olvido más completo de las atenciones y del respeto de que se ha visto rodeado en el último tercio de su vida. Y es que la serenidad de su espíritu, rayando en el in-

diferentismo, y el conocimiento, la experiencia de lo que ha dado en llamarse *el mundo*, le hacían ver como flaquezas del corazón humano esas vanidades, más veces fundadas en la propia fatuidad y en el orgullo, que en la consideración y la conciencia de los demás.

Nacido el 13 de febrero de 1815 en San Sebastián, de familia ilustre del país, entroncada con otra inglesa que las emigraciones del siglo pasado trajeron á nuestras costas del Cantábrico, sintió desde sus primeros años despertársele en el pecho la inclinación marcial de las dos razas de que procedía, al escuchar, en las nativas montañas, el estridente grito con que la discordia llamaba á sus hijos á las armas.

La lucha, como fratricida, era sangrienta cual ninguna otra, y sin tregua ni cuartel para los que no militaban en las filas del ejército regular; y eso aún después de celebrarse el pacto, tan resistido en un principio, que tomó el nombre de *Lord Elliot*, su negociador. Así, para los cuerpos voluntarios y, entre ellos, para los *Chapelgorris*, en que servía Echagüe, era la guerra, llamada de *Siete años*, guerra de exterminio, tanto más meritoria en ellos cuanto que entrañaba peligros excepcionales y las fatigas que lleva consigo el ejercicio constante de la vigilancia y la exploración, á que se les destinaba por su conocimiento de la topografía del país y del idioma, el carácter y las costumbres de los habitantes.

Aquel cuerpo, cuyo título era el de «Batallón de Voluntarios de Isabel II,» contenía en sus filas la juventud más florida de San Sebastián, población siempre apasionada por las ideas liberales; y se formó en los primeros días de la sublevación carlista, para defender aquella plaza cuando las tropas que la guarnecían saliesen á medirse en el campo con los enemigos, enseñoreados del interior de la provincia. Pero en esa juventud, había quienes aspiraban á tomar parte más activa en la guerra, y con ellos se organizó una *compañía ligera de campaña*, de la que fué Echagüe nombrado sargento 1.º, dejando la bandera, que el batallón le había confiado, por el tráfago de una vida toda de privaciones, de fatigas y peligros. Así, en enero de 1834, esto es, á los tres meses de haberse iniciado la lucha, aquella compañía, que vino á ser los ojos y la guía de las tropas que operaban en Guipúzcoa, había combatido en Hernani, Ataun y Amezqueta; poco después, en Gorriti; más tarde, por mayo y junio, en Oñate, donde Echagüe recibió una herida de consideración, y, por fin de aquel año, en Lazcano y otros puntos ya distantes de San Sebastián, hogar de aquellos valientes y su centro de operaciones y punto de descanso, de avituallamiento y refuerzo.

Por supuesto que continuaba con su anterior categoría de oficial, como tal abanderado que era cuando, llevado de su ardor y entusiasmo por la causa de la Libertad, se había alistado en la *compañía ligera*: así es que en febrero de 1835 recibía el diploma de teniente de cuerpos francos de infantería, en recompensa, sin duda, de la acción de Ormaiztegui, ocurrida el 2 del mes anterior, en la que tanto brilló la pericia del brigadier Jaúregui, el célebre *Pastor* de la guerra de la Independencia, el único, quizás, á quien nunca sorprendiera ni derrotara Zumalacárregui en la civil á que nos estamos refiriendo. A pesar de los riesgos que corrió en aquel combate, puesto al frente de sus chapelgorris, que anduvieron todo el día á las manos con los tiradores de las facciones reunidas en Guipúzcoa, Navarra y Alava, siempre á la vista del general Latre que mandaba la división y admiró su bizarra conducta, Echagüe salió ileso, llevando á sus camaradas en el mayor orden durante toda la retirada hasta San Sebastián. No así en la acción siguiente de Urnieta, el 13 de mayo, en la que recibió una herida grave, según aparece en un escrito oficial del mismo Jaúregui que, al consignarlo, añade: «habiéndose comportado en todas las acciones con el valor y bizarría propias de un buen oficial, y cumplido todas las funciones de su empleo con todo el celo é interés apetecibles.»

Aquella herida, seguida de las varias que recibió en su honrosa carrera, le retuvo en cama largo tiempo; pero, en agosto del mismo año, volvía á combatir en Hernani, y después en las mil escaramuzas que cada día se trababan entre los voluntarios de San Sebastián y los carlistas, apostados en los caseríos, los bosques y montañas y barrancos que accidentan las inmediaciones de aquella plaza. En diciembre era declarado subteniente de Infantería, y en la misma fecha del 9 obtenía el grado de teniente, con destino al regimiento de San Fernando; lo que le decidió á seguir la carrera militar á que tal vocación había manifestado.

En su nuevo destino, Echagüe pasó á distinto teatro de la guerra, al de la provincia de Álava, donde la lucha tenía otras proporciones, las que lógicamente había de darle la concentración de los ejércitos, que se disputaban el dominio y la ocupación de la alta meseta en que naturalmente se tendía á resolver los destinos de la patria. Arlabán era punto que, por sus caminos y dominación, había de ser objetivo de las operaciones de uno y otro campo de los beligerantes, para quienes resultaba estratégico de la mayor importancia, según el sentido, diametralmente opuesto, en que debían maniobrar. Por eso aquel pueblo, al

parecer insignificante, y su contiguo Villarreal, de más vecindario ya y reputación, tuvieron el honor, mejor dicho, la desgracia de ser disputados en varias ocasiones solemnes, particularmente en la campaña que lleva el nombre del primero los días 21, 22, 23, 24 y 25 de mayo de 1836, en que el general D. Luis Fernández de Córdova pudo lucir sus brillantes talentos de excelente estratega, hábil táctico y escritor tan elegante, que aun se tiene por modelo de partes el que dió de tan célebre y trascendental jornada. El reconocimiento sobre el castillo de Guevara, la marcha combinada de las tropas al paso divisorio de Alava y Vizcaya, y aquellos obstinadísimos combates de cinco días, en que rayaron tan alto el valor y la inteligencia de los Narvaez, Rivero, Escalera, Méndez-Vigo, Espartero y tantos otros, dejarán siempre en la memoria de los soldados de tiempos tan gloriosos el imperecedero recuerdo de aquellos preclaros varones, el del concepto que merecían sus heroicos soldados y la impresión del sobresaliente mérito de tan insigne caudillo.

Echagüe obtuvo en aquella campaña la cruz de San Fernando; y en la siguiente por los altos de Álava primero, donde fué de nuevo herido, y en la que por las márgenes del Nervión terminó en la terrible, al par que gloriosa, noche de Luchana, el empleo de teniente sobre el campo mismo de batalla, después de haber también combatido en el Monte de Cruces, el puente de Castrejana, en Barandio y los caseríos de Arteaga, en los varios choques producidos todos los días y á todas horas en ocasión tan crítica como la de salvar á Bilbao, en cuya liberación se cifraba no poco el éxito de aquella guerra.

Estaba hecha la reputación de Echagüe como oficial de filas: en todos los combates se le había visto peleando siempre de los primeros y contando sus grados y cruces por las heridas que recibía. Esa reputación le atrajo, como era de esperar, el afecto de sus jefes, y uno de ellos, el general Rendon, le llamó á su lado como Ayudante de Campo, cargo que aceptó con gusto porque le llevaba á Guipúzcoa, su tierra natal y donde había hecho sus primeras armas. Como antes, eran allí frecuentes, casi diarias, las acciones de guerra, siempre en las proximidades de San Sebastián, rodeada de enemigos que, mientras el grueso de los ejércitos liberales combatía en Alava y Vizcaya, habían ido apoderándose de todos los pueblos del interior de la Provincia y aun de la costa. En siete meses, pues, que estuvo á las órdenes del general Rendon, que mandaba la división de Vanguardia, Echagüe combatió en Ametzagaña, donde salió contuso, en Oriamendi, donde recibió otro golpe,

también de bala de fusil, en Hernani, Oyarzun, Irún y Fuenterrabía, asaltadas á la vista de nuestros vecinos los franceses de la derecha del Bidasoa, que acudieron de todas partes á presenciar uno de los alardes militares más gallardos que han ofrecido dos campos enemigos, igualmente resueltos á no desmentir ante el extranjero el valor y la pertinacia verdaderamente admirables de los españoles.

Entonces fué Echagüe promovido al grado de capitán; pero donde demostró de manera más elocuente la serenidad unida al denuedo y al arranque belicoso que en él se hermanaban por el temperamento, sin duda, de la mezcla de razas verificada en su sangre, fué en el que su jefe llamaba «desgraciado suceso de Hernani, el 4 de julio de aquel año de 1837, contribuyendo, decía en un certificado oficial, por su parte cuanto pudo para contener la insubordinación de la tropa.» Y añadía para concluir: «Echagüe, en suma, es un verdadero oficial de campaña, con disposición para desempeñar cualquiera comisión de su clase que se le confíe.»

El espectáculo de aquella sublevación impresionó tan vivamente á Echagüe, cuyo general fué gravemente herido al intentar la sumisión de sus tropas, que muy poco antes de morir nos recordaba los episodios más interesantes, más terroríficos de la que pudiera llamarse una de las chispas del incendio general, de la indisciplina que, á la vez que en Hernani, se ponía de manifiesto con acción tan devoradora en Miranda y Pamplona. Y de allí arrancó, con la admiración que en él causara la conducta bizarrísima del entonces brigadier D. Leopoldo O'Donnell, el cariño, la fascinación que llevaron á Echagüe á seguir las inspiraciones y la suerte del futuro Duque de Tetuán en las múltiples, y no siempre justificadas, vicisitudes de su vida militar y política.

Ya con O'Donnell, y nombrado Adicto ó auxiliar del estado mayor del cuerpo de Ejército de operaciones de la costa de Cantabria, después quinta división de el del Norte, asistió Echagüe á varias acciones de guerra; unas, ocurridas cerca de San Sebastián, en Rentería, Oyarzun y las márgenes del Oria; otras en Motrico, Deva y Guetaria, formando parte de la expedición marítima con cuyo auxilio pudo ocuparse permanentemente la última de aquellas poblaciones. Así, la fortaleza establecida en el Peñón, y ocupada por un presidio liberal, siguió siendo abastecida sin riesgo alguno, y pudo utilizarse un puerto tan excelente que la artillería carlista mantenía antes despejado de nuestras fuerzas navales.

De entre los servicios de Echagüe como subalterno en aquella época

descuellan, sin embargo, dos que tuvieron una gran resonancia en aquel ejército. Fué el primero un reconocimiento verificado en marzo de 1838 por Echagüe sobre el fuerte de Vera, con cuyas noticias pudo el general O'Donnell precipitar el sitio y toma de aquel punto, antes de que las facciones del Oria y de Navarra pudieran socorrerlo, quedando burladas al aparecer momentos después de felizmente realizada tan difícil como útil empresa. Un amigo nuestro, el inolvidable general D. Jose Reina, arrebatado también en estos últimos meses al servicio de la patria, soldado tan valeroso como político leal y consecuente, describía así aquel hecho de que fué testigo, y que le entusiasmó á punto de recordarlo más tarde en un elegante escrito, que publicó en los periódicos de San Sebastián. Decía así: «Era en 1838 y tratábase de la toma de Vera: se hallaban á su vista extendidas las tropas liberales, exiguas dado el número de los enemigos y las dificultades de la empresa. Había necesidad de reconocer el reducto avanzado de la fortificación; empresa arriesgada y de ejecución difícil. Al efecto fué comisionado un joven oficial, afecto al cuerpo de estado mayor, el teniente D. Rafael Echagüe, quien condujo una pequeña guerrilla hasta el glásis, que atravesó él á caballo. A su regreso casi milagroso, y admirados de arrojo semejante, prorrumpieron los soldados en vítores y aplausos, pidiendo para el valiente Oficial la *cruz laureada*, que no obtuvo, considerándose satisfecho con el *grado de capitán* que se le concedió.» «Cuando la nieve de los años, añade el general Reina, aplaca todos los entusiasmos; cuando sólo late el corazón al recuerdo de aquellos hechos de nuestra primera edad, es en extremo grato recordar los heróicos de un compañero, de un amigo querido y exponerlos como ejemplos dignos de imitar á nuestros jóvenes oficiales.»

El segundo de los meritorios servicios que acabamos de citar, es el de la sorpresa que Echagüe ejecutó, el 22 de noviembre de 1838, en las faldas de Santiagomendi sobre una partida carlista á cuyo jefe, D. Miguel Artazcos, hemos conocido tantos de Gobernador civil de aquella provincia en 1868. Sorprendido al aproximarse á un caserío desde el que le acechaba Echagüe, sabedor del movimiento de su partida, hubiera sido, de seguro, muerto por los chapelgorris sin la intervención generosa y la energía de su contrario. No se conocían personalmente; pero muy parecido Echagüe á uno de sus hermanos, amigo de Artazcos, se hizo éste cargo de con quien se las había, é invocando sus sentimientos de humanidad, sabidos de cuantos hacían allí la guerra, logró su intercesión para con la tropa y con ella el salvar la vida.

Y es que, con efecto, Echagüe, lo mismo que su camarada el después general Lersundi, de tan grata memoria por sus eminentes prendas de valor y de carácter, pasaban, en el ejército que operaba en rededor de San Sebastián, por los protectores más decididos de todo el que se veía necesitado de auxilio en guerra tan devastadora y cruel, y, sobre todo, de los caseríos, amenazados siempre de un incendio, y de los árboles frutales, de los manzanos, particularmente, único recurso de los labradores en la zona en que asientan Astigarraga, Hernani, Urnieta y demás pueblos inmediatos. Uno y otro encontraban siempre pretextos con que eludir las duras, las brutales condiciones de tal lucha, y así lograban conquistarse el respeto de sus valientes compañeros de armas, algunos más intransigentes que ellos, para ejecutar sus humanitarias empresas que tanto debieran agradecer los guipuzcoanos sus compatriotas.

Nos vamos deteniendo quizás demasiado en estos comienzos de la carrera militar del general Echagüe, porque revelan ya cual había de ser su suerte, si las balas no llegaban á cortársela en tanta y tanta ocasión como se le ofrecía para presentar el pecho á ellas. Y, por eso, nos hemos entretenido tal vez con exceso en recordar hechos que, aun apareciendo de poca importancia en una historia de aquella guerra, tan fecunda en acontecimientos verdaderamente trascendentales para la suerte del país, la tienen, aunque relativa, cuando se trata de dar á conocer las especiales condiciones de quien habría de alcanzar posición tan elevada y tan justo renombre. Por otra parte; póngase cada uno en la situación del que, como quien ésto escribe, ha de inspirarse naturalmente en la memoria de un hombre que, ocultando en los pliegues más apretados de su exagerada modestia la expresión de sus méritos, al revés de otros, genuinos representantes del *Yo satánico*, tan general ya en el mundo, se decide alguna vez á abrir su pecho á las expansiones del espíritu en el seno de la amistad que, aun obligada por la gratitud, puede no ser, como ahora sucede, todo lo prudente y reservada que de ella cupiera esperar. Como que estamos seguros de que aquella alma modesta repugnaría verse revelada por los elogios; ya puesta en el cielo, sería olvido imperdonable é insigne ingratitud no presentarla tal cual fué al mundo.

Y ya desahogados de nuestros escrúpulos y miramientos, acaso nimios, prosigamos en nuestra narración.

Al comenzar el año de 1839 era Echagüe capitán de infantería y pasaba al cuartel general del ejército del Norte y regimiento de Luchana,

tan famoso por las condiciones de su organización, el personal de tropa de que se compuso y, sobre todo, el de los oficiales, distinguidos todos por su esfuerzo y gallardía marciales. Con él, después de haber servido algún tiempo en la división de la Ribera, que mandaba el heroico Diego León, pasó á las operaciones proyectadas sobre Ramales y Guardamino, donde con una herida gravísima que le tuvo algún tiempo separado del ejército y curándose en San Sebastián, recibió el grado de comandante de infantería, convertido después en el de teniente coronel. Pero como el celo no le consentía alargar sus huelgas, aun siendo tan legítimas y forzosas, en septiembre de 1839 ya tomaba parte, muy débil todavía y vendada la cabeza, en el combate de Urdax, epílogo de la guerra en las provincias Vascongadas y Navarra, pacificadas el último día de agosto con el memorable abrazo de Vergara.

No lo fueron, sin embargo, las de Aragón y Cataluña, sometidas al férreo influjo de Cabrera, ayudado luego, más que de su propia fuerza, por la no escasa que le prestaban las discordias políticas del partido liberal, cada día más encendidas según soplaban los vientos de Zaragoza y Mas de las Matas. Fué, pues, necesario que el ejército del Norte pasara á, con el del Centro, acabar una lucha que ya llevaba siete años de acción tan destructora como deshonrosa para un país que, de haber sido el árbitro de Europa, había descendido á tal esterilidad y miseria. Y tras varias peripecias, más políticas, como acabamos de decir, que militares, se inició, por fin, aquel glorioso itinerario que, arrancando de Segura, en cuya toma obtuvo Echagüe el empleo de mayor de batallón, se extendió á Morella y á Berga últimamente, donde el 4 de julio de 1840, la retirada de Cabrera y su entrada, días después, en Francia, daban al traste con la fortuna y las esperanzas del partido carlista.

En aquel tiempo se tenía por carrera muy *bonita*, en la acepción vulgar de este adjetivo, la que había hecho el comandante Echagüe. Lo era, sin embargo, todavía más honrosa, porque 60 acciones de guerra y cinco heridas bien merecían los cuatro empleos que había obtenido, los grados y cruces, el concepto, sobre todo, que al fin de la guerra llegó á disfrutar en el ejército y entre los generales á cuyas órdenes la había hecho.

Al terminar la guerra civil de Siete años debió suceder lo que generalmente en tales ocasiones; que las fuerzas vivas de un país que ha estado tanto tiempo en armas, tienden á ejercer fuera una acción militar ó política proporcional á sus medios y á las energías colectivas ó individuales, que ha hecho desplegar lucha tan larga y tan reciamente

sostenida. Cien ejemplos podríamos citar de esto, antiguos y modernos, en el extranjero, y en España; entre otros, el de la conclusión de la Reconquista Cristiana, en que fué necesario que coincidieran la intervención, ya indispensable, de nuestras armas en Italia y la urgencia de acudir á las exploraciones provocadas por el admirable descubrimiento de América, para atender al movimiento de expansión, imposible de paralizar al plantarse en Granada el pendón de los Reyes Católicos. Los esfuerzos de la Nación para ejecutar tan importante y decisiva jornada, última etapa de una lucha ocho veces secular, acumularon tantos y tantos elementos, que hasta urgente se hizo el dispersarlos, dándoles dirección, si no habían de convertirse en agentes de trastornos interiores que esterilizaran éxito tan deseado y magnífico.

Así es que, comprendiendo los estadistas más distinguidos de Europa que el fin de la guerra civil en 1840 habría de producir algún desbordamiento de fuerzas, de entre las que acababan de pelear tan bravamente en España, desbordamiento que llegara á comprometer la paz general, se esmeraban en indagar cuáles podrían ser los propósitos de nuestro gobierno, mejor dicho, los del general Espartero, árbitro entonces de los destinos del país, así por el grande aparato de fuerzas que regía, como por la inmensa popularidad de que gozaba en el ejército y el pueblo.

¿Qué irá á hacerse, se decían, de esa masa de más de 250,000 hombres de que hoy dispone el gobierno español, veteranos en su mayoría, todos muy hechos al tráfago de la guerra, curtidos por las fatigas, las privaciones y el fuego, los mejores soldados del mundo con tal ocasión, los únicos, en fin, que de mucho tiempo atrás hubieran hecho la guerra?

Mas de las Matas era, así, el punto á que afluían emisarios de varios países, sobre todo, ingleses, tan interesados en la por aquellos días llamada Cuestión del Duero, y que se tornaban muy pronto á su tierra con impresiones, hay que decirlo, más favorables de lo que esperaban para la paz, que temían se viera turbada en Europa en tal y tan crítica coyuntura.

No tenían, con efecto, nada que temer: la expansión de aquellas energías tan viriles y el destino de tan inmensa fuerza se torcieron para abismarse en el insondable piélago de nuestras eternas discordias. El 1.º de septiembre de 1840 acabó con toda esperanza de rehabilitación de nuestro antiguo influjo político en Europa.

Los militares, entonces, los que con más ardor ambicionaban la in-

tervención armada exterior en cualquier conflicto, hallado ó buscado, tomaron el camino de los que ofrecían los asuntos políticos del país en su mismo seno; y octubre de 1841 y julio de 1843, enero de 1844 y abril de 1846, acabaron con todo género de disciplina y de esperanzas de mantenerla robusta y constante en el ejército español.

Echagüe, sea por el espíritu de aventuras innato en los vascongados, sea por ambición de medro, ignorando que entonces, precisamente, comenzaba la era de los personales en la Península, se embarcó en junio de 1841 para la isla de Puerto Rico, incorporándose allí al regimiento de Iberia en que sirvió hasta octubre del año siguiente.

Destino providencial: porque poco después contraía matrimonio con la bellísima señorita doña María de las Mercedes Méndez de Vigo y Ossorio, hija del capitán general de aquella isla, D. Santiago Méndez de Vigo, que tanto se había distinguido en la guerra de la Independencia y en la civil, recientemente acabada, y célebre en los sucesos de la Granja de 1836 en que, como ministro de la Guerra, había logrado, con su presencia inmediata en aquel Real sitio, reducir tan repugnante motín á proporciones que de otro modo hubieran alcanzado más funestas todavía y desoladoras consecuencias. Con él y en clase de ayudante suyo, regresó Echagüe á España en 1844, cuando el general Méndez de Vigo terminó su mando, no sin dejar en aquella colonia los más gratos recuerdos por una administración, severa sí, pero justa, al mismo tiempo, y muy fecunda en frutos morales y materiales de toda índole.

Ya en la Península y después de algún tiempo, pasado en situación de reemplazo, tuvo lugar en 1846 la sublevación de varios cuerpos provinciales en Galicia; y nombrado para el mando de las tropas destinadas á sofocarla el entonces mariscal de campo D. José Gutiérrez de la Concha, le acompañó desde Madrid Echagüe en clase, también, de su ayudante de campo. Lo de menos fué para Echagüe, en aquella expedición, la concurrencia á la acción del 22 de abril en Cacheira y la toma inmediata de la ciudad de Santiago: sus servicios más importantes fueron los que prestó, solo y rodeado siempre de enemigos, en las varias comisiones que le confiara su general para Zamora y, después de salvada Astorga, que estaba ya á punto de capitular con los sublevados, para Lugo y Orense con el fin de prevenir á las guarniciones de la proximidad del ejército, de la tranquilidad reinante en el resto de la Península y del aislamiento, por consiguiente, en que se veía la insurrección y su ya muy pronto castigo. Su diligencia y arrojo salvó no pocas dificultades que amenazaban ofrecerse á la acción de las tropas enviadas

con el general Concha y al mantenimiento, en la Coruña, de la autoridad legítima, representada por el general Villalonga.

Así fué que, al acometerse el año siguiente la intervención militar, acordada por los gobiernos de Francia, Inglaterra y España, en Portugal, el que por ella obtuvo el título de Marqués del Duero, informado por su hermano de las condiciones militares que reunía el ya teniente coronel, coronel graduado, D. Rafael de Echagüe, le hizo concurrir desde Galicia á sus operaciones sobre Oporto, en cuya marcha asistió á la acción de Araoz, junto á Valença do Minho, que le valió el empleo de coronel.

Se conoce que á Echagüe le estaban vedados el descanso y la tranquilidad é independencia del hogar, porque, á su vuelta de Oporto, sucedió inmediatamente la marcha á Cataluña, donde en 1848 se le veía al frente del regimiento del Príncipe combatiendo á los carlistas, levantados de nuevo en armas á la voz de su antiguo caudillo el infatigable y enérgico Cabrera.

Porque nos hemos distraído mucho al decir que los carlistas perdieron sus esperanzas una vez celebrado el convenio de Vergara. Ese partido no se considera desahuciado ni se confiesa vencido; y si lo es, nunca por falta de valor ó fuerza, siempre por la traición, sin comprender el contrasentido que entraña la idea de una asociación de leales á toda prueba, como se proclaman sus secuaces, ante el número de defecciones que ha debido sufrir para tanta y tanta derrota como ha experimentado en su ya larga existencia. No hay más que hojear la historia de 60 años á esta parte para comprender cómo las contrariedades le excitan, en vez de arredrarle, cómo no le detienen los obstáculos, ni le abaten los reveses. Defraudado en sus esperanzas de 1827, vencido en Vergara é inmediatamente después en Morella y Berga, escarmantado en Cataluña el año de 1849 y fracasando de nuevo de 1872 á 1876, aun sueñan sus prohombres con la resurrección del partido para otra lucha tan funesta como las anteriores. Porque lo de los 90 batallones, echado á volar en los periódicos de la comunión, por uno de sus novísimos delegados de provincia, no puede tomarse sino por quimera soñada en las largas vigilias de su forzada inacción, ineficaz ni aun en los más rudos de entendimiento ó incautos, porque ya no puede haberlos de ese calibre.

Y sino, véase lo que significa la creación de 90 batallones, y esto sin contar con el personal de combatientes cuyo número no ha llegado á reunir el carlismo ni aun en sus mejores tiempos; véase lo que repre-

senta en cuanto á su material de guerra, armas portátiles, artillería, municiones, y digásenos como á una sola voz de su jefe, convertido en otro Pompeyo, saltan de la tierra las legiones, cruzan la frontera 100,000 fusiles, los cartuchos correspondientes, los cañones que se quieran, y se trasporta toda esta balumba de tormentaria á los puntos de concentración de los futuros voluntarios. Esto, por supuesto, sin que el gobierno liberal sospeche nada ni, aun sospechándolo, pueda estorbarlo con sus providencias, su fuerza en armas y la de sus reservas; formándose, organizándose é instruyéndose los nuevos campeones del absolutismo, para emprender una campaña tan afortunada y decisiva como se pretende y proclama.

Pues si el carlismo hubiera tenido á su servicio ese número que se quiere suponer, la cohesión y la energía que se atribuye, ¿qué habría estorbado á sus partidarios en 1873 y 74 el emprender la marcha sobre Madrid y sentar á su ídolo en el trono de San Fernando, cuando las tropas liberales, entregadas á la indisciplina más bochornosa, escarnecían á sus jefes ya que no les atropellasen y aun asesinaran? No: el carlismo no resucitará mientras en España haya una sombra siquiera de gobierno que, al primor asomo de sublevación, ponga en acción la fuerza permanente del ejército y llame á las filas la primera reserva, que bastará y sobraré para mantener la paz en esta desgraciada patria nuestra.

Pero en 1848, y con la facilidad de proveerse de los pocos fusiles necesarios para la guerra de montaña, ni eficaz ni menos decisiva para la suerte de la Nación, y de municiones, cuya construcción no exigía entonces los mecanismos que ahora, se levantaron en Cataluña las partidas que, gobernadas por el célebre cabecilla del Maestrazgo, lograron sostenerse en las asperezas de aquella tierra hasta mayo de 1849.

Echagüe fué allá con el regimiento del Príncipe, cuyo mando, interino en un principio, obtuvo poco después en efectividad. Y con tal brío combatió á los carlistas, con tal acierto, y fortuna tan venturosa, que muy pronto se le confirió el cargo de Comandante general del distrito de Berga y el mando de una brigada de operaciones, la 3.^a de la 5.^a división de aquel ejército. Ni fué sorprendido nunca, ni cayó en ninguna de las estratagemas que los carlistas tendieron á las columnas liberales, ni sufrió tampoco revés alguno: por el contrario, en San Quirse dos veces, en las montañas de Vidrá, de Nuestra Señora de Belmunt y Requeséns, en Matamargó, Alpéns, San Juan de las Abadesas, Esquirol y varios otros puntos, tuvo encuentros siempre felices que le valieron elo-

gios calurosos del, no muy contentadizo, Marqués del Duero, y el entorchado de brigadier, del gobierno.

Terminada aquella campaña con la retirada de Cabrera á Francia, herido y malparado en la persecución incesante, inteligente y enérgica que sobre él ejecutara el Marqués del Duero, que ni descansaba ni dejaba descansar á nadie para lograr el éxito que al fin alcanzó, Echagüe continuó mandando el regimiento del Príncipe en Cataluña y después en Madrid hasta la fatal fecha del 28 de junio de 1854.

¿Qué le llevó á aquel campo de Vicálvaro donde se verían rotos los lazos más apretados de la disciplina militar?

Cree acertar el que esto escribe pensando que no el espíritu de partido, ajeno á su modo de ser, no la ambición de ascensos, que siempre satisfizo con hartas fatigas y la sangre de sus venas, ni el humor, tampoco, atrabiliario que arrastra á muchos á los pronunciamientos y motines, sino la fascinación que sobre él ejercía, según ya hemos dicho, el general O'Donnell, fué lo que sacó de su cuartel al brigadier Echagüe con el 1.^{er} batallón del Príncipe en la mañana de aquel día, y más aun quizás, y sobre todo género de consideraciones, algún motivo de hondo disgusto, de amor propio militar ofendido, de dignidad personal desconocida, que, por misterioso ú oculto, no nos es dado adivinar. En un momento acaso, de ira, fué llamado á la casa en que se había escondido el general O'Donnell; y después de asegurársele que el proyectado movimiento militar en nada comprometía al trono ni se encaminaba á más que á un cambio de ministerio, unió su destino, puede decirse que para siempre, al de quien pocos días más tarde era capitán general de Ejército y luego Presidente del Consejo de Ministros y Duque de Tetuán.

Ascendido también á mariscal de campo, Echagüe, después de ejercer el cargo de segundo cabo de Andalucía y gobernador de Sevilla, volvió en agosto á Madrid con igual carácter en la Capitanía General de Castilla la Nueva, que ejerció hasta junio de 1855. Entonces tuvo lugar la sublevación de los escuadrones de Bailén y sección de los de Aragón y Cataluña en Zaragoza que, aun sofocada inmediatamente por el general Gurrea, primera autoridad de aquel distrito, con el auxilio de una columna que salió de Madrid á las órdenes del general Serrano Bedoya, produjo alguna variación en los mandos militares de la Península, tocando á Echagüe el de Granada y cuatro meses más tarde el de las Provincias Vascongadas, donde le cogió el 14 de julio de 1856, fecha del cambio político que hizo pasar las riendas del gobierno de las manos del Duque de la Victoria, relegado de nuevo á Logroño, á las del Conde de Lucena, su segundo en el revuelto *bienio* que acababa de trascurrir.

No tomó, pues, Echagüe parte alguna en aquellos combates que ensangrentaron las calles de Madrid, fruto de un plan político-militar que afirmó la preponderancia de la unión liberal; pero sí en la expedición á Zaragoza, que se hizo necesaria para vencer la resistencia que oponía el general Falcón al reconocimiento del nuevo gobierno y, de consiguiente, al ejercicio de la regia prerrogativa. Las tropas de las Vascongadas y Navarra coincidieron en la capital de Aragón con las procedentes de Madrid, regidas por el general Dulce, y se retiraron luego de haberle sido abiertas las puertas, cuando Falcón huyó á Francia por el camino de Canfranc. De Vitoria, y con la gran cruz de Carlos III que le fué concedida por sus servicios al frente de Zaragoza, fué trasladado á la Corte en el mismo cargo que allí ejercía; desempeñándolo hasta octubre tan sólo, por haberse entregado la dirección de las asuntos públicos al ministerio Narvaez.

No llegó, sin embargo, á contar dos años en su situación de cuartel, porque en julio de 1858 salía para Valencia, el mando de cuyo distrito militar le fué confiado desde el momento en que el general O'Donnell tomó de nuevo las riendas del gobierno.

Al año siguiente surgía la guerra de Africa, en cuyo examen no hemos de entrar ahora ni en su calificación tampoco, por más que convide á ella la frase, que tanto ruido hizo después, emitida por uno de los generales que asistió á la mayor parte de las operaciones y conocido, además, por su talento literario, á quien no pocas veces tenían que perdonar sus amigos las síntesis concentradísimas, asaz cáusticas, á que sacrificaba sus afecciones personales y políticas más caras.

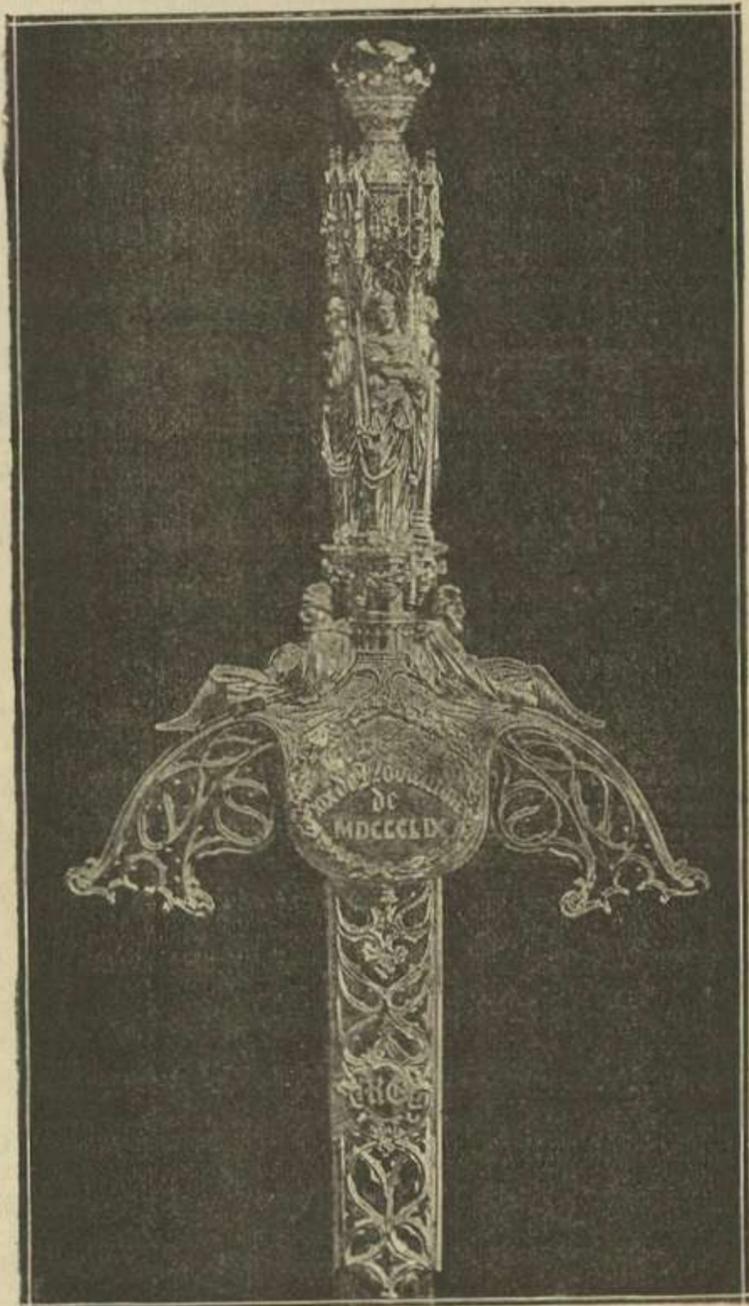
Inició la campaña el general Echagüe, siendo, como en las Navas de Tolosa, un vascongado el primero en cruzar su espada con los alfanjes de los moros. El 19 de noviembre, día en que se celebraban los de la reina D.^a Isabel II, se hizo sustituir al fuego de las salvas el del rudo combate en que se conquistó el Serrallo, que habría más adelante de dar nombre al título de Conde que le fué concedido en recuerdo y como recompensa de aquella brillante acción; y el 20, 22, 24 y 25 siguientes, rechazaba con el primer cuerpo de ejército de su mando rudísimos asaltos que dieron, al campamento y á las obras que inmediatamente se emprendieron para fortificarlo, las kábilas próximas y las que cada día en mayor número iban acudiendo de otros puntos del imperio de Marruecos. En el último y más rudo de aquellos combates, el general Echagüe se vió atacado por todas partes y con tal furia que hubo de batirse personalmente, perdiendo un caballo y recibiendo en la mano

derecha la 6.^a herida, última de las que constituyen la mayor quizás de sus glorias militares. Y fué necesario para ocupar sólidamente aquel campo, constituido, á la llegada del general O'Donnell, en base de las operaciones sucesivas del ejército, no sólo mantener en él una vigilancia que lograra burlar los rebatos y estratagemas de los moros, sino todo el esfuerzo de las tropas regidas por jefes como los Sandoval, Las-saussaye y Gasset, si se habían de escarmentar los bruscos ataques de unas gentes cuyo valor y cuyas fuerzas físicas las hacía verdaderamente formidables en una guerra defensiva de aquella índole.

La marcha de las operaciones llevó al ejército en su mayor parte al valle de Tetuán por el litoral mismo del Mediterráneo y por tal camino, si es que puede llamarse así á la senda que sólo los correos transitaban, que ya por los obstáculos que ofrecía el transporte del material de que iban acompañadas las tropas y ya por los combates que se hacía necesario librar con los moros que trataban de obstruirlo, hubieron de trascurrir hasta catorce días para recorrerlo, no sin haberse sufrido en él todo género de fatigas y peligros, peste aterradora y mortífera y hasta el hambre que dió nombre á uno de los campamentos en que fué preciso esperar el paso de un temporal tan largo como furioso. El rudísimo combate de Cabo Negro y la batalla de Tetuán recompensaron al ejército de tantas penalidades, ofreciéndole descanso en la ciudad predilecta del Islamismo marroquí y cubriéndole de gloria, igual á la con que se cubrieron los cruzados de nuestra inmortal epopeya de la Reconquista. Los soldados españoles del siglo XIX demostraron que no desmerecían de los que en el décimo quinto plantaban sus enseñas en las torres de la Alhambra, y la madre patria pudo envanecerse con la idea de que no había decaído el espíritu público de que tan gallardo alarde había hecho al comenzar aquél combatiendo al capitán más afortunado de los tiempos modernos, y de que aun podía confiarse en un porvenir, quizás no lejano, de regeneración militar y política.

Pero ¡qué verdad es que un error conduce hasta á abismarse en otro y otros á cual más trascendentales y funestos! Por un motivo acaso no muy fundado y sin miras todo lo extensas que merecieran el aprovecharlo, se emprendió una guerra que habría de exigir sacrificios inmensos, muy superiores al beneficio que iban á procurar. Llegado el ejército á Tetuán hubo de comprender su jefe que no bastaban las tropas que lo formaban para acometer la empresa de, conquistando á Tánger, obligar al enemigo á la aceptación de un tratado que repugnaba suscribir á los pocos días de una victoria que se creía completamente de-

cisiva. Y para poner ese ejército en condiciones de marchar sobre Tanger, por el único camino terrestre que allí se le presentaba, el del Fondac, árido después, despoblado y peligroso por lo mismo, llamó á sí su jefe ocho batallones del 1.^{er} cuerpo, que había quedado al frente de Ceuta, y, con ellos, al ya teniente general Echagüe, á quien bien se ve



que se elegía para toda operación militar de desempeño desde sus primeros pasos en el ejercicio de la guerra. Así se halló en la acción de Samsa el 11 de marzo de 1860 y en la batalla de Vad-Ras, reñida el 23 con el fin de ganar el Fondac, según ya hemos indicado, y adelantarse después por el camino alto de Tánger.

Aquella batalla, ganada y todo, episodio gloriosísimo para las tropas españolas, de una campaña que comenzaba á mostrar en él las dificultades que ofrecería de internarse el ejército por aquellas inhospitalarias montañas, fué la última de la guerra de África; haciéndose inmediatamente la paz en el lugar mismo en que dos días antes se habían celebrado, aunque infructuosamente, sus pre-

liminaries. Las tropas, con eso, que no quedaron guarneciendo á Tetuán hasta el cumplimiento del tratado y en el campo de Ceuta que conservó España á perpetuidad, volvieron á la Península; haciéndolo Echagüe á su capitania general de Valencia, donde fué espléndidamente recibido por un inmenso pueblo que salió á esperarle y regalado con la magnífica espada de honor, cuya traza, fielmente representada cabe admirar en el grabado adjunto.

Y sin saber cómo ni por qué, ya que su modestia le impedía reconocer mérito en su persona, se halló en junio de aquel año de 1860 nombrado gobernador superior político y capitán general de la Isla de

Puerto Rico, para la que se embarcaba con su familia el 28 de julio.

¡Cuál no sería la emoción que el general Echagüe sintiera al hacerse cargo de mando tan importante, desempeñado hacía pocos años y á su vista por persona con quien desde entonces se hallaba unido con lazos tan estrechos, si querida por lo mismo, respetada también por el talento, la entereza de carácter y la integridad con que lo había ejercido! Afecto tan entrañable y respeto tan profundo que en los acontecimientos de 1854 le hacían temer, mucho más que las consecuencias de la conducta que en ellos observara, el disgusto y los reproches de aquel anciano severísimo, encariñado, sobre toda afición humana, con los preceptos de la ordenanza.

Con tal ejemplo y con el aguijón de su esposa é hijos, que habrían de ambicionar el añadir á la anterior honra por tal padre y abuelo la que pudiera caberles de nuevo, el mando del general Echagüe fué tan excelente como tales y tan estimuladoras condiciones exigían. Ni aun se le dejó terminar en Puerto Rico el tiempo tenido generalmente por reglamentario, destinándosele por real decreto de 6 febrero de 1862 á la capitanía general de las islas Filipinas, donde hubo de recibir un año después el fallo de residencia, en que el Tribunal Supremo de Justicia declaraba «no resultarle cargo alguno y que, antes bien, se había justificado plenamente que durante su mando llenó de la manera más cumplida y satisfactoria los deberes todos que le imponían las leyes, haciéndose acreedor á que S. M. la Reina se dignase contarle en el número de sus más buenos y leales servidores y tener presentes sus relevantes méritos y servicios.»

Y por cierto que en una de las visitas que el general Echagüe hizo á las más importantes poblaciones del interior y las costas de Puerto Rico dió lugar, con su trato cortés y dulzura de carácter, á la manifestación también de la fijeza de sus principios religiosos y de sus cualidades de gobierno, en un rasgo que bien merece los honores de una anécdota.

Recibiéronle en los pueblos con el agasajo que era de esperar y con el entusiasmo que despertaba la fama y el conocimiento de su prendas militares y políticas. Pero no recordamos si en Ponce ó Mayagüez los saludos y los apretones de manos debieron ser tan expresivos en algunos de los principales habitantes y contestados con tal cordialidad por el general, agradecido á manifestaciones tan calurosas, que aquellos sin duda le tomaron por uno, como ellos, afiliado en las logias masónicas. Y al día siguiente le presentaban un memorial solicitando de su autoridad no

sólo protección para la secta sino que permiso, también, oficial para celebrar sus juntas y misterios. El general quedó como estupefacto á la lectura de documento tan peregrino, pero mucho más al oír de labios de aquellos ilusos que habían confundido las muestras de su satisfacción, por el recibimiento que le hacían, con los signos especiales usados por los masones para darse á conocer entre sí. El desencanto, sin embargo, fué mayor para los peticionarios, farautes de la masonería, que en vez de la autorización para el ejercicio, público ó no, de sus ritos, recibieron inmediatamente sus pasaportes para salir desterrados de la Isla.

Bien comprendía el general Echagüe que el camino emprendido por aquellos sujetos acabaría por ser el de la autonomía, antesala vergonzante de la Independencia en nuestras colonias.

De junio de 1863 á julio de 1864 fué *el año terrible* para el general Echagüe. Al comenzar el mes citado en primer lugar, «acaeció, según se dice en la hoja de servicios del general, el memorable terremoto que, destruyendo en su mayor parte la capital de las Islas Filipinas, arruinó en su totalidad los edificios públicos, así los templos como los cuarteles y distintos establecimientos, quedando centenares de cadáveres sepultados en los escombros.» Todo España recordará la impresión que causó la noticia de tamaña catástrofe al llegar á la Península, tan honda y dolorosa que, abriéndose una suscripción nacional, produjo muchos millones. El hundimiento de la Catedral y las escenas tristísimas que en ella se produjeron; el pánico que se extendió por toda la población, aterrada también con el espectáculo que presenciaba y el que ofrecían la fuga de los amenazados de sepultarse en las ruinas; los ayes de los que en ellas yacían implorando un auxilio que pocos se atrevían á dar; el de tanta torre como se derrumbaba, tantos palacios y monumentos como se derruían con estruendo verdaderamente aterrador, crearon para las autoridades una situación de las más difíciles en que puede verse la de ánimo más sereno, responsable del orden, depositaria de la confianza pública, segunda providencia en la tierra en tanta angustia y tribulación. El general Echagüe, precisado á tomar en tales momentos medidas, á la vez que rápidas y eficaces, salvadoras para atender á tantas necesidades y salvar á Manila en crisis tan tremenda, se dedicó sin pérdida de momento, sin desfallecimientos ni vacilaciones, á reparar en lo posible los daños causados por el terremoto, á levantar el ánimo de los habitantes, indemnizar á los perjudicados y ofrecer cuantos consuelos le era dable á las familias de las víctimas de tan desolador fenómeno.

Y lo hizo con tal abnegación y logró tanta fortuna en su valerosa y humanitaria empresa, que los habitantes de la isla, allí, le colmaron de bendiciones expresándole la mayor gratitud al recorrer después las provincias limítrofes á la capital, y el gobierno de la Nación, además de aprobar cuantas disposiciones había tomado, le manifestó en varias reales órdenes la satisfacción con que había visto los relevantes servicios prestados por él en circunstancias tan críticas.

Pero aun le esperaba un golpe más terrible que, si al principio amenazó con afectarle tan sólo como autoridad, acabó por caer sobre él rudo é inexorable, cual si le hubiera elegido para blanco de toda su furia. El cólera morbo, casi endémico en aquellas regiones, ya insalubres particularmente para los europeos, cebándose entonces con desusada intensidad en la ciudad de Manila, arrebató al general Echagüe la prenda más cara de su corazón, á la dulce compañera de su vida, la dama incomparable que, para más acreditarle en sus mandos, parecía esmerarse más y más en mostrarse tipo de distinción y de bondad, modelo de esposas y de madres.

A pesar de tantas desgracias y calamidades, el mando del general Echagüe en Filipinas fué de los más fecundos. Su carácter conciliador á la vez que hábil y enérgico, impidió rozamientos que hubieran podido llegar á ser trascendentales entre las órdenes monásticas, allí tan útiles y justamente influyentes; y mantuvo su autoridad obedecida y respetada para con delegados de antigua fecha que se creían invulnerables y hasta independientes.

Entre los servicios extraordinarios que prestó en Filipinas, merece especial recuerdo el de su gestión económica, tan necesitada de un gran patriotismo y de la mayor energía para hacer frente á circunstancias como las ocasionadas por los terremotos y la peste. Tratando de retrotraer el presupuesto recientemente aumentado al de 1859, bastante más reducido, propuso en primer lugar la disminución de su sueldo en 15,000 pesos, diciendo al gobierno: «Comprenderá V. E. si mi convicción será grande y mi voluntad decidida, cuando la reforma me priva nada menos que de 15,000 pesos anuales en el sueldo que gozo, después de arrostrar tantos trabajos y conflictos, nivelándolo con los mandos de las Antillas de menor importancia.» Pero así logró dar ejemplo á los más ambiciosos en los cargos más altos, ejercer el mayor rigor sobre la inmoralidad y satisfacer á los que han de sufrir las cargas en la administración pública.

No hemos de dejar tampoco en el olvido otro servicio, también emi-

nente, que, si no recayó directamente en el del Estado, le dió consideración en Europa y grande importancia para con uno de nuestros aliados más sinceros entonces.

Un día de los primeros del año de 1863 apareció en las aguas de Manila un vapor francés, y luego desembarcaba un almirante de su misma nación solicitando inmediatamente una audiencia con el capitán general. En ella le manifestó que la nueva colonia francesa pasaba por crisis difícilísima, y que las autoridades temían verse muy pronto en el caso de tener que abandonar unas posesiones cuya conquista y ocupación tantos sacrificios habían costado al Imperio. Los cochinchinos, comprendiendo la debilidad de los franceses desde que los batallones españoles, que tantos laureles recogieron allí, habían regresado á Filipinas, estrechaban á los invasores con tantas fuerzas y tal furia que sería imposible resistirlos el tiempo indispensable para que llegasen de Europa los refuerzos que se habían pedido. El Almirante, pues, solicitaba el envío inmediato de algunos batallones en auxilio de los franceses.

Pero el capitán general de Filipinas tenía órdenes terminantes del gobierno para no distraer un solo soldado de las atenciones de las islas. El Almirante, que no ignoraba la existencia de aquellas órdenes, rogaba, sin embargo, al general Echagüe que le sacara de situación tan apurada como en la que se veía, compromiso de honor de que iba á resultar se echase sobre el gobernador de la colonia en primer lugar, la marina después y, por fin, el emperador la responsabilidad de un abandono que realmente sería un baldón para la Francia. El Almirante llegó á hacer al general Echagüe responsable, á su vez, ante aliado tan sincero como Napoleón, de fracaso tan grave, de una desgracia de consecuencias tan trascendentales. A tal punto llevó el marino francés su insistencia, que el general español se creyó en el caso de consultarlo á la Junta de autoridades y, no mostrándose acordes los que la componían, de cargar con el compromiso de dirigir á Cochinchina con la mayor rapidez posible un batallón de hasta 1,000 hombres.

Estos, en su totalidad filipinos, guiados por jefes y oficiales *castillas*, como ellos dicen, se portaron como siempre, con tal bizarría, que en una corta campaña desbarataron á los sublevados de Cochinchina y los redujeron á acogerse á los montes y pantanos, su abrigo favorito. Las aptitudes marciales de nuestros isleños, la de resistir los efectos de un clima insalubre tan semejante al de su país, su sobriedad y el valor que los distingue, les proporcionaron triunfo igual al que en unión con los

franceses habían conseguido en la campaña anterior con gloria propia y de su patria España. Luego regresaron á Filipinas donde les esperaba una grande ovación del pueblo, del ejército y de su capitán general que, al obtener de su gobierno la aprobación de su conducta, recibió del emperador Napoleón la placa de Grande Oficial de la Legión de Honor.

Los disgustos, inherentes á las calamidades que habían caído sobre aquellas islas, movieron al general Echagüe á presentar en octubre de 1864 la dimisión del cargo de capitán general del Archipiélago Filipino, que en marzo del siguiente año entregaba al segundo cabo; embarcándose para la Península, cuyas costas tocaba los primeros días de mayo. Esperábale el mando del Principado de Cataluña, que cambió en octubre por la Dirección general de Ingenieros, en que le cogieron los sucesos del 2 de enero de 1866 con la sublevación de los regimientos de caballería Bailén y Calatrava, en Aranjuez y Ocaña, arrancados á sus deberes militares por el general Marqués de los Castillejos que, viendo fracasado el movimiento insurreccional que dirigía, los condujo á Portugal por la Mancha y Extremadura. El general Echagüe fué encargado de perseguir á los sublevados, con una división que el 4 de enero se formó con tropas establecidas en esta Corte y que el 25 volvían á su anterior destino. Los rebeldes llevaban una gran delantera; eran muy escasas en número y heterogéneas las fuerzas que les salieron al encuentro en la Mancha, mandadas por el Marqués del Duero que, á pesar de tal desventaja, les impidió el paso á Sierra Morena en una felicísima y extraordinaria maniobra de dos días; las de Extremadura acabaron, como las de los generales Echagüe y Zabala, por ponerse á la pista, lo cual, tratándose de perseguir caballería, era tanto como perder la campaña; y, aunque sumamente disgustados por su fracaso y el cansancio, penetraron, al fin, sanos y salvos en el territorio portugués,

El Duque de Tetuán, que hubo entonces de perder sus ilusiones de invulnerabilidad en el mando al ver cómo las tropas, aun las más inmediatas á él, se lanzaban á la sublevación, sin arredrarse por sus rigores ni respetar su prestigio, pudo considerarlo por el suelo en la mañana del 22 de junio de aquel mismo año de 1866, en que si logró vencer la insurrección nefanda, torpe y sangrienta, del cuartel de San Gil y castigarla rudamente, no así restablecer la opinión de que gozaba en todas partes, en cuanto á no temer, cual los demás gobiernos, las sublevaciones militares. El general Echagüe se puso, al recibir la noticia de tan triste suceso, á las órdenes del Duque; y cuando, sofocada la insurrec-

ción en San Gil, fué preciso acudir á ahogarla también en las calles de Madrid, algunos de cuyos barrios se vieron bien pronto erizados de barricadas, las fué venciendo y allanando al lado del infatigable Marqués del Duero, de quien la suerte parecía haberle constituido en auxiliar y camarada desde los primeros años de su carrera.

De entonces realmente data su título de Conde del Serrallo; y para demostrarlo no tenemos que hacer sino transcribir la carta que con motivo de aquellos sucesos le dirigió el Duque de Tetuán. Le decía así: «Mi estimado general y amigo: Tengo el gusto de anunciar á V. que en recompensa de los servicios distinguidos que V. ha prestado en su carrera y particularmente el día 22 de junio, contribuyendo á triunfar de la rebelión; el gobierno ha propuesto á la reina, y S. M. ha aprobado, se le conceda á V. un título de Castilla con la denominación de Conde del Serrallo.—Reciba V. mi sincera enhorabuena y disponga de su afectísimo amigo, Leopoldo O'Donnell.»

Sorprendido el ministerio que presidía el Duque de Tetuán en la embriaguez de su desventurado triunfo y en la tarea de asegurarlo por largo tiempo, el que en sus ilusiones se auguran todos los hombres de partido, el real decreto del título del general Echagüe quedó sin recorrer los trámites ordinarios para su expedición y sin rubricar, por consiguiente; y de ahí el que tenga en la *Guía de Forasteros* una fecha, ni acorde con la verdadera de la concesión, de sobra merecida, ni con los deseos, los instintos ni aspiraciones del interesado en él. El 10 de julio caía el ministerio O'Donnell y el 11 quedaba el general Echagüe de cuartel.

En esa situación se encontraba cuando principiaron á sentirse en España los síntomas precursores, las sacudidas que anunciaron aquella fiera revolución que iba á arrancar de su asiento cuanto constituye el organismo más antiguo y perfecto en la vida de las naciones. O'Donnell y Narvaez, los dos ejes en derredor de quienes giraba alternativamente la política española, habían desaparecido en los abismos de la nada; y, falta de tan robustos sustentáculos, oscilaba aquélla entre las ambiciones desapoderadas, antes sujetas por el uno, y la torpe tenacidad de los que, acostumbrados á verse regidos por la enérgica y hábil iniciativa del otro, se suponían bastante fuertes para mantener sin riesgo un poder, cuya fuerza más consistía en ser heredado que adquirido. Pero el respeto y el prestigio y la gloria personales no se heredan; y, á la muerte del Duque de Valencia, se encontraron sus sucesores en el gobierno de la Nación con el solo apoyo de sus principios políticos, si eficaces, bien

practicados, débiles sin la compañía del talento, de la experiencia y el carácter. Sin autoridad, así, el ministerio González-Bravo, hubo de recurrir, para hacerse respetar, á la violencia, mejor dicho, á la temeridad, acudiendo á medidas que, no obstante justificadas á los ojos de la opinión, poco iluminada todavía en aquellos momentos, las iba á tomar por atentatorias á las leyes y depresivas. ¿Quién duda de que se conspiraba sordamente en vida del general Narvaez para sustituirle, y luego de su muerte para arrojar del gobierno á sus sucesores, considerándolos sin autoridad ni merecimientos para ocuparlo? Pero aun subsistían á su lado columnas que les sirvieran de apoyo, y ellos las socavaron en sus cimientos, quizás inconscientemente, no previendo que, al derrumbarse, los arrastrarían en su caída.

Al ser desterrados los generales á las Canarias y otros puntos, puede decirse que también aislados de la Península, se cometió una torpeza y, lo que es peor, se puso de manifiesto una gran debilidad, porque en la corte, donde residían, había, además de un gobierno y medios con que vigilarlos incesantemente, un capitán general cuyas dotes de mando no eran para olvidarse y una guarnición cuya lealtad tampoco podía ponerse en duda. ¿A qué, pues, desterrarlos de Madrid?

El general Echagüe se hallaba en San Sebastián con el solo fin de visitar su patria y familia que no había visto hacía tiempo, ignorante de cuanto se trabajaba para derribar aquella situación política. La censuraría de seguro, afiliado, como seguía, en la Unión Liberal, creada por el Duque de Tetuán su inolvidable amigo; pero, de seguro, también, sin trabajar por corromper la disciplina de las tropas que guarnecían aquella plaza. Destinado en su misma situación de cuartel á las Baleares, donde mandaba su antiguo camarada del ejército del Norte, el general Reina, le sustituyó en el cargo de capitán general al vencer la revolución tramada y luego llevada á ejecución en la bahía de Cádiz.

El Marqués de la Habana, que sustituyó á don Luis González Bravo en la presidencia del consejo de ministros, había, al hacerse cargo de ella, levantado el destierro á los generales no sublevados en la isla gaditana; pero ya era tarde para que pudieran conocerse los efectos de una medida conciliadora que, como tantas otras dictadas en aquellos días, iba dirigida á aislar la revolución en Andalucía y reducir en lo posible sus proporciones.

El general Echagüe, repetimos, era ajeno á élla, no figuraba entre los laborantes, si convenidos en Madrid, no resueltos á ejecutarla hasta Cádiz con los elementos allí puestos á su disposición y los marítimos,

particularmente, que se les allegaron y fueron los más influyentes en el éxito tristísimo que tuvo aquella tenebrosa conspiración. Su proclama á los Baleares, al relevar en el mando al general Reina, lo demostró de una manera irrefutable, declarando su ninguna complicidad en la revolución, con la franqueza que le era característica y el valor de quien no teme arrostrar las consecuencias que lleva consigo tal género de ingenuidades ante un movimiento insurreccional triunfante.

Había muerto el general O'Donnell que tanto influjo ejercía sobre Echagüe; y los que le sucedieron en la dirección de la Unión Liberal no habían de contar con su amigo de siempre, cuando se separaban del camino seguido constantemente por el ilustre caudillo de la guerra de Africa, para tomar rumbos en que divisaban fuerzas auxiliares con que suplir la inmensa que acababan de perder.

De la capitanía general de las Baleares fué el general Echagüe trasladado á la Dirección de Ingenieros el 10 de octubre, permaneciendo en ella hasta el 30 de mayo de 1872 en que sustituyó al Duque de la Torre en el mando del ejército del Norte, nombramiento que, interino en un principio, se hizo efectivo como general en jefe en junio, pero reteniendo su plaza de Ingeniero General que hacía más de tres años venía desempeñando. A los pocos días, sin embargo, el 17 y el 19 del mismo mes de junio, hacía dimisión de ambos cargos; quedando de cuartel hasta el 5 de enero de 1874, en que fué nombrado Director general de Artillería. Nadie ignora cuán revuelta anduvo la política revolucionaria en aquellos años de triste recordación. Madrid era un foco de desórdenes, que se hicieron poco menos que diarios, y un hervidero de intrigas, más negras según se sucedían los gobiernos, hoy provisionales, al mes siguiente monárquicos y poco después republicanos, sin rumbo fijo todos, desautorizados, hasta irrisorios sin las tristes consecuencias á que conducían, á la merced de una personalidad influyente ó de una autoridad enérgica, cansada de tanta y tanta ineptitud y flaqueza.

El general Echagüe permaneció todo aquel tiempo alejado de gestión alguna política ó militar; anhelando horizontes más despejados para, por lo menos, tomar parte en la lucha nuevamente entablada por los partidarios del absolutismo, prevalidos de la debilidad constitutiva de la revolución para alzar con más fuerza que nunca el pendón, tantas veces destrozado, de la pretendida legitimidad de su representante.

Cuando el Marqués del Duero fué llamado á Somorrostro para, á la cabeza de un nuevo cuerpo de ejército, el 3.º, resolver el arduo problema de la liberación de Bilbao, no halló nada mejor, si había de con-

seguirlo, que rodearse de generales que, á una reputación bien fundada, reuniesen adhesión á toda prueba á su persona y buena voluntad, todo el celo necesario para superar los obstáculos poderosísimos que hasta entonces no habían podido allanarse. Entre esos generales, no vaciló un momento en dirigirse al general Echagüe, su antiguo auxiliar en Portugal, Cataluña y Madrid. Y como á todos los sentimientos más calurosos de amistad y á los deberes que tales condiciones exigían, juntaba el general Echagüe un patriotismo, igualado pero no superado por nadie, ni se detuvo ante la consideración de haber antes ejercido el cargo de general en jefe de aquel mismo ejército del Norte, ni la de desempeñar el de Director de Artillería, para ponerse al frente de una división en un cuerpo dependiente, á su vez, del cuartel general que regía el Duque de la Torre. ¡No pequeño sacrificio de amor propio militar, ofrecido, sin embargo, en los altares de la patria y en obsequio, también, de una amistad como la que de tan larga fecha le unía al Marqués del Duero!

Y con los combates de Otáñez y las Muñecaz, primer episodio victorioso del levantamiento del sitio de Bilbao, inauguró el 3.^{er} cuerpo aquel glorioso itinerario que por Galdames, la villa invicta, Orduña, Villareal, Salvatierra y Logroño le condujo á Esquinza y Abárzuza, para terminar en Montemuru con la terrible catástrofe de su heroico jefe, que no moriría nunca en la memoria de los hombres, en los anales de la historia patria y en los varios monumentos que produjo en honor suyo el duelo de la Nación.

El general Echagüe se hallaba el 27 de junio de 1874 enfermo y de tal gravedad que, ya que se negara á retirarse del campo de batalla, se mantenía en la gran batería establecida frente á Montemuru sobre unas mantas, devorado por la fiebre, por la impaciencia y el dolor. Sólo un golpe rudo, decisivo de la suerte del ejército, podría sacarle de aquella postración; y, por desgracia, se lo descargó terrible, incontrastable, el destino, que parecía complacerse en atizar el fuego de nuestras discordias y, entonces, precisamente cuando parecía iba á ser apagado para siempre.

La muerte del Marqués del Duero era, como acabamos de indicar, decisiva para el éxito de tan breve y sangrienta campaña como la que acababa de ejecutarse, y el ejército hubo de dirigirse á la izquierda del Arga en busca de posiciones donde mantener la superioridad adquirida en Bilbao, ya que no cupiese realizar la tan deseada obra de la pacificación que se creía tres días antes iniciarse en Esquinza y Villatuerta.

La retirada se hizo bajo las órdenes del general Echagüe, que quedó con el mando supremo del ejército, al apoyo del celo y de los talentos de los demás generales, así como el valor de las tropas que maniobraron con tanta precisión y tal energía que merecieron el aprecio de la nación entera, convencida de que la menor vacilación, la pérdida de un poco de tiempo, que presto se vió cuan precioso era, habría acarreado á la causa liberal una catástrofe quizás irreparable. El gobierno provisional las apreció del mismo modo, manifestándolo al general Echagüe en estos términos..... «las difíciles circunstancias, le decía el Ministro de la guerra el 7 de julio, en que V. E. se hizo cargo del mando del ejército del Norte, verificando con hábil pericia y dotes nada comunes la retirada de las tropas, que se ejecutó, merced á sus acertadas disposiciones, sin perder un solo cañón, ni un carro, ni una acémila de las muchas que acompañaban al ejército, lográndose tan ventajosos resultados por el tacto, respetabilidad y energía de V. E. que, al sobreponerse á aquellas difíciles circunstancias ha añadido nuevos timbres á los muchos que tiene adquiridos en su dilatada carrera. Esta es, añadía, la expresión de la justicia que se debe á sus altos merecimientos, reconocidos y apreciados por el Presidente del poder ejecutivo y su gobierno... etc.»

El revés sufrido en Montemuru enseñó lo necesaria que se hacia una bandera más popular que la hasta entonces desplegada por las fuerzas liberales, si había de darse remate á una lucha que, aun así, se prolongó por dos años todavía. Los refuerzos que inmediatamente se enviaron al Norte; los planes militares que se presentaron para terminarla y los consejos de generales que se celebraron para llevar esos proyectos á la práctica, fueron ineficaces hasta el día feliz de la Restauración de la monarquía legítima que acabó con los excesos, las veleidades y desórdenes, cortejo inseparable de la forma de gobierno republicana. Tan urgente se creyó por los españoles todos la bandera monárquica, que, al darse al viento en Sagunto, todos también la saludaron con el mayor júbilo, sin que costara tan trascendental acontecimiento ni una gota de sangre, ni una lágrima, ni protesta siquiera que mereciese tomarse en cuenta.

La Restauración halló á Echagüe de Director de Artillería, y no sólo le respetó en cargo tan codiciado, sino que se negó á admitirle la dimisión que de él hizo, llevado de una delicadeza que el gobierno regencia apreció con su justo valor, conociendo los sentimientos, las opiniones y el espíritu esencialmente militar del distinguido general. Y para

aprovechar esas condiciones, mejor que en aquel mando, en otro más activo y, de consiguiente, más importante en las circunstancias porque atravesaba el país, le encomendó muy pronto el del ejército del centro, teatro de la guerra civil en que faltaban cuantos elementos podían considerarse necesarios para terminarla inmediatamente. ¡Destino histórico el de aquellas regiones, donde siendo tan frecuentes y tenaces las luchas civiles, se han visto los ejércitos de la metrópoli privados de la solicitud del gobierno y de las fuerzas y material con que habrían de sofocarlas!

En la de siete años ese abandono pudo muy bien producir los más funestos resultados para la causa liberal, pues que, fija la atención en el país vasco-navarro y en Cataluña, Cabrera fué creciendo en fuerzas y escalonando atalayas y fortalezas en dirección de la capital de la Monarquía, que ya amenazaba de cerca y hubiera muy pronto atacado sin el convenio de Vergara. En 1874 se pensó en poner remedio á un estado igual de olvido en Aragón y Valencia; y en la comisión de generales reunida en el Ministerio de la Guerra á consecuencia de la situación creada con la muerte del Marqués del Duero, se proyectó un vasto plan de operaciones, cuya primera parte consistía en acudir á terminar la lucha en aquellas provincias. Pero en la época á que nos estamos refiriendo, febrero de 1875, no se habían reunido allí los recursos necesarios, y el general Echagüe tuvo que concentrar los pocos disponibles para hacer frente á una situación tan crítica. Hubo más: el gobierno debió creer preferente la necesidad de acudir á Cataluña, donde los apuros no serían menores, y distrajo del ejército del Centro hasta 4,000 hombres que lo dejaron sumamente flaco y débil. Sin embargo, el general Echagüe escarmentó rudamente en Cervera del Maestre á las facciones que en aquella excelente posición se tenían por invencibles y sin embarazos serios, sobre todo, para recorrer y dominar tan vasto territorio como el en que campeaban libremente hacía tiempo. Después de aquel brillante hecho de armas, el general Echagüe, viendo que en Madrid no se atendían sus diarias reclamaciones, presentó la dimisión, que le fué admitida; despidiéndose del ejército el 22 de mayo con una orden general tan sentida como elocuente.

Había llegado el día en que los pueblos y los ejércitos rebeldes comprendieran toda la importancia de la Restauración que les arrebató la bandera, motivo y hasta pretexto para mantener enhiesta la suya de monarquía, religión y patria, que representaba así mismo la de don Alfonso XII, con la de las nuevas formas y leyes políticas, además, compatibles con el orden en las sociedades modernas. Cansados tam-

bién los pueblos de tantos sacrificios como habían hecho, y sin esperanza los ejércitos de que fueran sus servicios fecundos para el triunfo de su causa, hubiéranse todos inclinado á la paz honrosa que les ofrecía la derrota de la república, sin la ambición del pretendiente y sin las coacciones de los que le rodeaban de cerca, extraños á las provincias teatro de la guerra, secundándole por fanatismo político y, mejor quizás, por no interesarles la muerte de esos mismos países, razón por qué, como á su jefe, se les vió oponerse á un nuevo convenio. Así es que, aun enardecidos con la campaña de 1875 en las márgenes del Arga, se pudo observar en la siguiente de principios de 1876 como imitaban los carlistas del Norte la conducta de los de Aragón y Cataluña, cediendo terreno constantemente, aun cuando procurando dejar á salvo su honra de valientes y de leales.

La marcha de los dos ejércitos del Norte, al iniciarse la campaña, y la del Rey Alfonso en la segunda parte, una vez desalojados los carlistas de la alta Navarra y de Vizcaya, mostraron con sus resultados decisivos la verdad de cuanto venimos diciendo, hecha pública en sus filas por las quejas de las Diputaciones á guerra de aquellas provincias y el disgusto y las murmuraciones de la tropa, de aquellos voluntarios á quienes hasta entonces había sido tan difícil desalojar de sus montañas y trincheras.

El general Echagüe fué con el Rey al Norte en calidad de comandante general del arma de artillería, cuya dirección seguía ejerciendo; y, al terminarse aquella tan feliz como ejecutiva campaña, recibió la investidura de la grandeza de España que le fué otorgada en 12 de abril de aquel mismo año, por un real decreto que entraña en su contenido la recompensa más honorífica de cuantas puede ambicionar un militar. Dice así: «Tomando en consideración los muchos servicios prestados por el teniente general don Rafael Echagüe y Bermingham desde que empezó hasta que ha terminado felizmente la pasada guerra civil, durante la cual ha mandado en jefe los ejércitos del Norte y del Centro, distinguiéndose extraordinariamente en la toma de las alturas de las Muñecaz que tanto contribuyó al levantamiento del sitio de Bilbao, quebrantando luego con escasísimas fuerzas á las facciones del Centro y sorprendiendo y batiendo el grueso de ellas en Cervera del Maestre, sin contar otros varios hechos distinguidos y dignos de recompensa, que ninguna han obtenido todavía; á propuesta del Ministro de la Guerra y de acuerdo con el consejo de Ministros, vengo en hacerle merced de grandeza de España para sí, sus hijos y sucesores legítimos,

unida al título de Conde del Serrallo que obtuvo por sus merecimientos en la guerra de Africa. Dado en Palacio... etc., etc.

Ya se podía dar el general Echagüe por resarcido de los servicios antiguos que creyera en él olvidados, de las fatigas recientes que considerase como poco apreciadas, de los muchísimos sinsabores que supusiera debieran tomarse también en cuenta en su larga carrera, en la que habían sido muy breves los intervalos de descanso, y así lo pregona la fama en el ejército. Pero aun le deparaba la fortuna otra recompensa que podría colmar la medida de las ambiciones más exageradas, la de su nombramiento de comandante general de guardias Alabarderos, el cargo elevadísimo que habían desempeñado en sus últimos tiempos los Duques de Bailén, Zaragoza y Castroterreño, cuando era mayor el respeto que á todos inspiraban sus eminentes y gloriosos servicios. Encargado de la custodia del Soberano, jamás se separó de él desde el 15 de enero de 1877, en que fué elegido, hasta el 16 de febrero de 1887 en que pasó al cuadro de reserva; espacio de tiempo que ninguno de sus gloriosos predecesores logró alcanzar en ese destino y en el que no trascurrió un solo día tampoco en que dejara de recibir las pruebas más elocuentes de distinción y afecto de don Alfonso XII y de su excelsa viuda, cuyas altísimas condiciones de inteligencia y carácter, hoy proverbiales en España, nadie pudo apreciar mejor que él.

El general Echagüe se prendaba de cuanto revelara en una personalidad cualquiera, prócer ó humilde, gran valor, talento extraordinario ó abnegación sublime. De ahí, su admiración al Duque de Tetuán, desde que le había visto reprimir y castigar tan enérgicamente la sublevación de Hernani; al Marqués del Duero cuyo patriotismo y altos pensamientos había podido apreciar en Oporto, la ciudadela de Barcelona y la estación de Alcázar de San Juan; al Rey Alfonso, el más magnánimo de los soberanos españoles desde el Emperador, nuestro invicto César. Porque si no ha de llamarse magnánimo al que, en los albores de la juventud y en el día del triunfo, perdona á los que tan bárbaramente le habían herido en sus afecciones más caras y en sus intereses más sagrados; á quien, al escuchar el grito de Sagunto, voló á correr la suerte misma de los que lo habían dado y participó luego de los riesgos y trabajos de la campaña al lado de los liberales, sin distinción de partidos, sin preferencias ni desaires para con ninguno; al que, presuroso pero sin ostentación, acudió siempre al alivio de sus súbditos, en las inundaciones de Murcia, en los terremotos de Andalucía, en los hospitales de los coléricos en Aranjuez, ¿á quién puede reservarse título

semejante? ¿á quién de entre los que en todas las edades se han dejado llevar á tan generosas, á tan sublimes expansiones del corazón?

Así es que el general Echagüe experimentaba una especie de idolatría por aquel monarca que llevó su abnegación hasta el punto de, ahogando en sus labios la voz de la naturaleza, ocultar el cáncer acerbo que corroía su pecho para que ni esposa é hijos, ni madre y hermanos, conociesen la honda pena que sentiría de su próxima separación de objetos tan queridos.

Es preciso haber vivido al lado del general Echagüe para comprender á qué grado de intensidad se elevaba esa admiración suya y lo inmenso de su sentimiento al verse, como tantos otros, sorprendido por la catástrofe que, volvemos á decirlo, á nadie dejaba adivinar la fortaleza de ánimo del augusto enfermo. ¡Quién sabe si aquella pena, unida á la de verse fuera de situación de continuar en el servicio activo, en el que tantos y tan distinguidos había prestado, precipitó al sepulcro su robusta naturaleza que nadie sospechaba pudiera arruinarse tan pronto. Debían sonreírle, aun en la posición á que los rigores de la ley constitutiva del ejército lo habían reducido, debían sonreírle horizontes todavía esplendentes según las probabilidades de la vida y las de obtener en plazo, quizás no lejano, el ascenso á capitán general, la elevadísima jerarquía militar á que nadie podía aspirar con más títulos que él.

No lo quiso el cielo así: y á nosotros sólo nos queda respetar sus inexcrutables designios, lamentando la desgracia, casi puede decirse prematura, del bizarro, inteligente y caballeroso general que, como indicamos al comenzar este humildísimo escrito, se ha alejado del mundo de los mortales sin dejar en él más que simpatías y veneración, admiradores y amigos.

JOSÉ G. DE ARTECHE

Enero de 1888.

